

CASO BLUNT

UN "TOPO" EN LA CORTE DE SU MAJESTAD

TODO aficionado al tema del espionaje sabe qué es un "topo". Se trata de un infiltrado, un "submarino" en las filas del servicio secreto enemigo. Actúa como agente doble y, según sus inclinaciones, proporciona a unos auténtica información y engaña a los otros con datos sin importancia o simple intoxicación de noticias falsas. Es, probablemente, uno de los oficios más peligrosos: dos de cada tres acaban por ser eliminados. Sir Anthony Blunt, un anciano y prestigioso profesor de Historia del Arte, ha realizado este tremendo papel durante cuarenta años de su vida. Ahora, ya inservible, se hace estallar el caso con fines propagandísticos y se le hace salir del Reino Unido para evitar un proceso que puede ser enojoso.

Un periodista cazador

En gruesos titulares se clamaba en un diario sensacionalista: "Vindicación para el hombre que hizo salir al topo de la tierra". El cazador de espías dobles, en cuestión, es el periodista Andrew Boyle, no demasiado conocido hasta el momento, si no es por unos programas radiofónicos que realizaba con el título de "World at One". Hace tan sólo quince días, este hombre se descolgaba con uno de los libros más sensacionales de los últimos años: "Clima de traición", en el que, resucitando el asunto de espionaje de Mac Lean, Burgess y Philby, anunciaba la existencia de un cuarto y quinto hombre en la investigación ("Maurice" y "Basil"), los cuales se hallaban, decía, en lugares estratégicos de la sociedad británica contemporánea.

Nada más salir la obra, el semanario izquierdista "New Statesman" acusaba a la obra de sensacionalismo y de hacer propaganda reaccionaria, y que se mencionaba, con clara intención, el hecho de que tanto los tres



Sir Anthony Blunt, con la Reina Isabel en 1959. El aristócrata, acusado póstumamente de "topo", trabajó como asesor de la Casa Real en materia de pinturas.

RAMIRO CRISTOBAL

agentes citados como los dos desconocidos eran homosexuales, marxistas y habían traicionado a Inglaterra pasando información a la Unión Soviética. Se creaba así, decía "New Statesman", una interesante relación, de cara al gran público, en la que se comprendían los términos marxista-homosexual-traidor.

Sin embargo, el caso seguía adelante, y el jueves 15, la primera ministra conservadora, Margaret Thatcher, mandaba un escrito al Parlamento en el que se hacía una revelación complementaria: el "Maurice" de la obra era nada menos que sir Anthony Blunt, asesor artístico de la Reina y empleado en el palacio de Buckingham como conservador de arte desde después de la guerra. El informe de la Thatcher daba otros detalles y todos muy embarazosos. Se decía que Blunt había sido reclutado por el Intelligence Service durante la guerra y, ya dentro, había pasado información a la Unión Soviética; se le mencionaba como participante activo de la fuga de los espías Guy Burgess, Donald Mac Lean (1951) y Kim Philby (1963). En 1964, descubierto por el contraespionaje, le fue prometida la

inmunidad si seguía en su puesto, pero haciendo la labor inversa, es decir, actuando como agente doble a favor de Inglaterra. Al parecer, aceptó, y para prever cualquier eventualidad, le fue puesta fuera de su alcance toda información de algún interés.

Curiosamente, Blunt había sido advertido veinticuatro horas antes de que se leyera el escrito del Gobierno. Para entonces se encontraba "en algún lugar del Mediterráneo, probablemente Italia".

Sí. El periodista Boyle estaba bien informado. El mismo declaró a "The Times" que la mayor parte de la información para su obra "venía de los Estados Unidos". Los americanos, según dijo, le habían mandado un voluminoso estudio en el que se pormenorizaban las actividades de los tres espías conocidos: Burgess, Mac Lean y Philby. Allí aparecía, repetidamente, el nombre de Blunt, que ya fue interrogado en 1951 cuando la fuga de aquéllos.

Ni que decir tiene que la prensa inglesa se lanzaba, al día siguiente, sobre la noticia con una pérdida total de circunspección y

sentido del humor que dicen la caracteriza. "Daily Express" titulaba: "¡Traidor!", "Desaparece el topo. ¿Cuántos espías más hay allí?". El "Daily Mirror" ponía "El traidor y la Reina", e incluso el moderado "The Times" dedicaba un editorial bajo el título de "El traidor más distinguido".

Los marxistas del Trinity College

Los informes del espionaje inglés, durante la última guerra y los primeros años de la posguerra, han sido, sin duda, los mejor escritos del mundo. Se "invitó" a colaborar con el Intelligence Service a los escritores más notables y a las cabezas más brillantes de la Universidad. Graham Greene y John le Carré, en Europa Central; Somerset Maugham, en Extremo Oriente, y Lawrence Durrell, en el Mediterráneo, fueron algunos de los grandes escritores que debieron hacer política informativa y, en algunos casos, abiertamente contrarrevolucionaria. Con ellos marchó la flor y nata de los intelectuales de Oxford y Cambridge.

No es extraño: un escritor, un profesor universitario, debe moverse y viajar, son bien recibidos y se les introduce en todas partes a causa de su fama. Si hacen preguntas, nadie se extraña. Suelen ser, además, personas inteligentes y cultas que pueden captar muchas cosas a partir de un mínimo indicio.

Tampoco es sorprendente o al menos no lo es demasiado, que muchos de los intelectuales capturados de esta manera se hubieran sentido atraídos en su juventud por el marxismo y que algunos de ellos aún lo fueran. Lo cierto es que se les atrajo en los años de la lucha contra el fascismo. Después, cuando Inglaterra se alineó con el bloque anticomunista, en los tiempos de la guerra fría, la ideología de muchos de estos agentes habría de resentirse. En "El factor humano", de Graham Greene, hay un buen ▶

CASO BLUNT

ejemplo de este tipo de crisis en un agente que es obligado a cambiar de frente y de aliados.

Unos años antes, en la década de los treinta, la juventud universitaria inglesa había tenido una desusada actividad intelectual. La influencia de la revolución rusa, la evidente crisis del capitalismo tras el "crack" de 1929, la aparición del fascismo y el nazismo, la clara simpatía que ciertos políticos ingleses, como Churchill, por ejemplo, sentían por Mussolini y el golpe de Estado fascista en España, fueron todas ellas causas que arrastraron a parte de esta juventud universitaria hacia el marxismo. Del Trinity College, de Cambridge, saldría el núcleo de una sociedad

ingleses y a los soviéticos. El enemigo común era el nazismo. Después, cuando debieron escoger entre los antiguos aliados, algunos eligieron a la Unión Soviética.

Tomemos, por ejemplo, a Kim Philby, hijo de un arqueólogo y estudiante, también, en el Trinity. Un viaje por Alemania y Austria en 1934 le confirmó en su ideología y se ofreció a los servicios soviéticos para infiltrarse en el Intelligence Service y actuar como agente doble. Para conseguirlo se afilió a la asociación reaccionaria Anglo-German Fellowship y consiguió ser aceptado como corresponsal de guerra en España en el bando nacional. Sus artículos profranquistas fue-

viética. Burgess murió en 1963 y Mac Lean, que también había estado destinado en los Estados Unidos y en El Cairo, vive actualmente en Moscú. Lo curioso del caso es que durante el proceso de Burgess y Mac Lean, tanto Philby como Blunt fueron llamados a declarar, pero ambos demostraron su inocencia. Philby fue descubierto, al fin, en 1963, relacionado con el famoso caso de Edward Blake. Hoy es oficial veterano del KGB.

En cuanto a Blunt, ya queda dicho que fue incriminado definitivamente como agente doble en 1964, pero se le propuso, al parecer de manera secreta, permanecer en su cargo palaciego, sirviendo mientras tanto a los servi-

ta en espionaje ha dicho que si dejamos fuera a los hombres y mujeres que actúan por dinero, "el tipo actual de espía, impulsado por una particular concepción del mundo, desmiente toda la experiencia recogida a lo largo de siglos". Es decir, que la aparición de fenómenos ideológicos y bélicos de carácter internacional han hecho estar a los espías más allá de las llamadas consideraciones patrióticas. La misma persona ha dicho, también, que "el punto culminante de esta serie de traiciones por razones ideológicas —fundadas en la 'responsabilidad ante toda la Humanidad' y en la 'conciencia mundial'— fue la cadena de espías atómicos. El inglés Nunn May, el alemán Klaus Fuchs, el italiano Bruno Pontecorvo y los norteamericanos Julio y Ethel Rosenberg, fueron todos auténticos idealistas, soñadores honestos, convencidos de que con su labor servían a toda la Humanidad".

Del mismo modo, el famoso Richard Sorge, uno de los mejores periodistas alemanes, organizó en Tokio una red de agentes, la mayoría alemanes y japoneses, que mandaban información a la URSS con la esperanza de detener la escalada fascista en sus países respectivos.

De Blunt ha dicho el periodista Boyle que "no era un hombre feliz, y no tengo razón para creer que lo es ahora". En estas pocas palabras está toda la tragedia de estos hombres de vidas robadas. Fueron las altas instancias las que ensuciaron su actividad intelectual haciéndoles entrar en el peor juego de la política subterránea. Son las que, una vez inservibles, les sacan a la superficie para espantar al fantasma rojo. Cuando ya no tienen nada que decir —como ocurre ahora—, se les califica de homosexuales y traidores y se les quita de en medio con un billete para la Europa del Sur. Los "primos" de América, que diría Le Carré —su personaje de Smiling es también historiador— han decidido que así debía ser en este preciso momento de desprestigio norteamericano. El pobre y viejo "topo" fue empujado fuera de la madriguera y salió corriendo, deslumbrado, perseguido por las airadas imprecaciones de la mejor sociedad británica. ■ R. C.



Donald McLean, Guy Burgess y Kim Philby: los tres espías en cuya fuga aparece implicado Blunt.

casi secreta llamada "Los Apóstoles", todos ellos izquierdistas de orientación marxista y algunos homosexuales. Allí estaban, entre otros, Anthony Blunt y Guy Burgess.

La mayor parte de estos marxistas universitarios pertenecían a buenas familias. Burgess era hijo de un alto oficial de la Marina y se había educado en Eton. El padre de Blunt era agregado de Embajada y Anthony había pasado su infancia en París. En "The Apostles" había un arquitecto, nombrado lord más tarde; un famoso poeta y otros miembros de la mejor sociedad. En muchos casos, esta profesión ideológica fue sólo un divertido juego juvenil. En otros, sin embargo, constituyó una arraigada convicción para siempre.

Dobles agentes

Bastantes de los universitarios que fueron reclutados como agentes del espionaje durante la segunda guerra mundial informaban paralelamente a los servi-

ron tan entusiastas, que fue condecorado por el Gobierno de Burgos.

Evidentemente, Philby llegó demasiado lejos en su deseo de enmascarar su credo político, pues los servicios secretos estuvieron a punto de no atender su solicitud de ingreso, por creerle un fascista convencido. Finalmente, entró a formar parte de ellos, y lo más gracioso es que también los ingleses le propusieron actuar de "topo", es decir, de agente doble de los rusos. Como dijo un corresponsal, todo esto "le permitía establecer contacto con los rusos con pleno permiso de sus superiores".

Unos años más tarde fue enviado a Washington y siguió enviando informes, ahora desde dentro de los servicios de información conjuntos anglo-americanos.

La historia de Burgess y Mac Lean, diplomáticos de profesión, fue bastante similar durante los primeros años de posguerra, pero, al fin, fueron descubiertos y hubieron de huir a la Unión So-

cios británicos. Sus actividades en estos últimos quince años son un misterio y son, precisamente, el objeto de una serie de preguntas que la prensa y los miembros de los Comunes se hacen: ¿Qué clase de información mandaba a la URSS antes de su detención? ¿Por qué al ser descubierto no se informó al entonces primer ministro, lord Home? ¿Qué ha venido haciendo a partir de 1964? Y, por último, ¿por qué se ha levantado precisamente ahora el caso y quién se encargó de avisarle con el tiempo suficiente para que escapara?

Por la patria y el Rey

Es significativo que uno de los temas de debate propuesto en la sociedad secreta de Cambridge se titulaba "No lucharemos por el Rey y la patria". Por primera vez, quizá, se contraponía la ideología, que se consideraba humanista e internacional, a los intereses nacionales. Un especialis-